

• Maestro: no Adios; Hasta Luego

13 abr 41

SENOR director: Se fue del periodismo tal y como llegó: sorpresiva, inesperadamente. Así se las gasta don Daniel Cosío Villegas. Ciertamente estuvo preparando el terreno, sondeando a los lectores de sus viernes inolvidables, pero jamás —nunca, maestro—, se nos ocurrió el desenlace que hoy nos duele y que nos deja un profundo vacío. Será peliagudo acostumbrarse a este eclipse; no poder pasar de estampida las páginas matutinas del periódico, semana a semana, para detenerse, con la sonrisa y la seriedad como musas, a recrearse en la prosa elegante, demoledora... era como, si de pronto, en el sentido más universal, nos sentáramos en el pupitre a escuchar una clase de honradez, de libertad; una cátedra de crítica democrática, un discurso como hace mucho no tenemos noticia. Yo diría hoy, como dijo Natorp de Hermann Cohen: "en el sentido externo de la palabra, por ejemplo, yo no he sido nunca discípulo", y agregaría, no lo he sido de don Daniel, y sin embargo he aprendido tanto de él como poco o nada de quienes en las aulas me encontré como maestros.

Por eso esta aflicción. Esta desolación. Al irse el maestro Cosío Villegas del periodismo sistemático de fondo, de verdadera lección al estilo de la Escuela de la Hélade con sus acaecimientos que hicieron conciencia, se cierra un paréntesis de luz que nos brindó, como diría Paz, una de las inteligencias más agudas y honradas de México. Así lo creamos también nosotros, sus discípulos que lo hemos seguido, muy de cerca, en sus libros, portento de sabiduría y responsabilidad, en sus ensayos y en sus conferencias, principalmente, del Colegio Nacional. Su postura de hombre libre nos ha hecho vibrar y con esa emoción, con los amigos de esta misma generación inquieta, rebelde y desafiante,

hemos comentado su voliosa presencia de periodistas en donde, en más de una vez, hemos abreviado para llevarnos cultura, información histórica y orientaciones para explicarnos esta hora del país y tomar las decisiones que ella misma nos reclama. Enseñar a ser libre por el pensamiento y la palabra escrita, pasando de largo ante el coro de ladridos y de tanto Sancho Panza, es ya una grandeza de hombre de bien. Y así entendimos a don Daniel Cosío Villegas como periodista que ha llenado una página, hermosa por el legado de virtudes, del periodismo moderno de México.

Por todo ello —y mucho que no supimos decir— el adiós del maestro nos deja esta aflicción. Esta angustia. Porque hay ausencias que dueLEN como hay presencias que molestan. Nos queda solamente, en esta desolación, aceptar la recomendación, tan sugerente como tan bien dicha en el adiós del maestro Cosío Villegas. No permitiremos que este país se eche a perder ni que desaparezca su aspecto sonriente. No permitiremos que la imaginación del mexicano se quede sin alimento, el impulso sin objeto, el porvenir sin color. ¡Ni tampoco —menos—, el cielo sin la estrella en que enganchar un carro para volar al infinito!

De eso puede estar usted seguro, maestro. De lo único que no podemos darle nuestra palabra, es respecto al adiós que así, tan sin llanto y con una sonrisa de hombre bueno, honrado y libre, nos ha dejado entre las manos y en las pupilas. Queremos seguirlo en sus libros, leyendo y releyéndolos, en sus conferencias y cuando así lo permitan sus ocupaciones de investigador, robarle unos instantes para conversar de esto y aquello que ya no dirá su pluma de periodista. Por ello, maestro, no adios; hasta luego...

Alvaro Cepeda Neri